

Seguidores chavistas se manifestaron ayer en las calles de Caracas a favor de Nicolás Maduro y sin incidentes. AFP



Caracas vive una normalidad que desafía toda lógica

Los venezolanos se manifiestan con calma y especulan con una operación que no ha alterado aún sus vidas

JORGE BENEZRA

CARACAS. Dos días han pasado desde que Nicolás Maduro fue 'extraído' de Venezuela y Caracas presenta una fachada de normalidad que desafía toda lógica política. A diferencia de cualquier otra sociedad que ante una decapitación de su liderazgo se sumiría en el caos, aquí la vida parece reanudarse con una extraña resignación. Más negocios abren sus puertas, el transporte público comienza a circular con regularidad y las compras nerviosas que vaciaron los estantes en las primeras horas van disminuyendo. Es una calma antinatural, el silencio que precede a una tormenta o, quizás, la aceptación colectiva de que el verdadero poder nunca residió completamente en el hombre que ahora duerme en una celda federal en Brooklyn.

En el corazón de la capital, el chavismo intenta proyectar una

imagen de control que nadie cree. La manifestación de lealtad en el centro de la ciudad, donde se ubican las sedes de los poderes públicos, se siente más como un ritual funerario que como una demostración de fuerza. Cientos de simpatizantes corean consignas que suenan a plegarias: «Maduro, aguanta, el pueblo te respalda». Pero las voces carecen del fervor revolucionario de otras épocas. La procesión de lealtad no logra ocultar la profunda incertidumbre. «Esto fue una traición del entorno, no hay otra explicación», susurraba Gregorio Torres, un simpatizante bolivariano que no salía de su asombro. La captura de Maduro, tan rápida y precisa, había dejado al descubierto las grietas en la estructura de poder que hasta entonces parecía inexpugnable.

En la tarima, rodeado de la cúpula del Partido Socialista Unido de Venezuela, estaba José Vielma Mora, veterano del fallido golpe de 1992 junto a Chávez. Su presencia es un símbolo de la resistencia histórica, un puente entre el pasado glorioso y un presente que se desmorona. «Estamos haciendo una evaluación de daños.

Sabíamos que esto podía pasar», admitía con gravedad. «Ellos utilizaron todos sus recursos y su mayor tecnología para poder lograr su objetivo, pero seguiremos luchando. Maduro es un gran hombre y es un revolucionario de corazón, aguantará». Sus palabras resonaron a vacío de poder.

La designación de Delcy Rodríguez como presidenta encargada es un intento de mantener la continuidad del Gobierno. Pero la legitimidad del chavismo ya estaba comprometida desde las controvertidas elecciones del 28 de julio de 2024. Ahora, sin Maduro, el andamiaje constitucional se tambalea sobre cimientos de arena. Las fisuras profundas en la estructura del poder son imposibles de ocultar. El ministro de Defensa, Vladimir Padrino, denuncia la agresión estadounidense, pero lo hace sin el respaldo visible del alto mando militar. «Me sentí liberada al ver que llegó el gran día», confiesa Milagros sobre los rigores del régimen. «Pero al ver a Maduro encadenado y esposado, se me arrugó el corazón. Creo que Maduro se robó las elecciones, pero no es un narcotraficante».

Europa y la tienda de cerámica

JOSÉ M. DE AREILZA



La operación de cambio de régimen que ha emprendido Donald Trump en Venezuela recuerda a la teoría que explicaba Colin Powell sobre «la tienda de cerámica» para alertar de las dificultades de volver a poner en pie un país tras un conflicto: si cuando entras en la tienda rompes algo, tienes que comprarlo.

Estados Unidos no acertó ni en Irak ni en Afganistán cuando intentó transformar los dos países invadidos. Ahora, tras descabezar el régimen chavista, Trump no tiene más remedio que gestionar algún tipo de transición. Se ha convertido en su problema.

Sabemos hasta ahora varias cosas: el principal objetivo que le anima es el económico, explotar las enormes reservas de petróleo de Venezuela. También que se apoyará en la cúpula que ha rodeado a Nicolás Maduro hasta hace tres días y

que el encargado de dirigir la operación es el cubano-americano Marco Rubio, un buen conocedor de la región. Otra pretensión es afirmar la influencia de Estados Unidos sobre el hemisferio americano, frente al narcotráfico y la injerencia de China y de Rusia.

La pregunta para los europeos es qué hacer ante este episodio que parece sacado del siglo XIX, con la diplomacia de cañoneras de Washington quitando y poniendo gobiernos en todo Latinoamérica. Lo más fácil es rasgarse las vestiduras por la enésima violación del Derecho Internacional cometida por el presidente estadounidense y experimentar la satisfacción moral de ser mejores y saber cómo debería regirse el mundo. Pero si nuestros dirigentes solo hacen eso, transitarán un camino que lleva a la parálisis y la irrelevancia europea.

La UE y los países del continente tienen la oportunidad de colaborar a que se evite una confrontación civil en Venezuela y se transite hacia una transición política que desemboque en una democracia. El apoyo a la oposición encabezada por María Corina Machado es obligatorio, con la misma intensidad y visión a largo plazo que el prestado por los europeos al presidente ucraniano frente a la agresión rusa. Esto no debe impedir una demostración de paciencia y de interlocución con el Gobierno que (ojalá) inicia estas horas en Caracas su propio harakiri o suicidio ritual, posiblemente mientras negocia bajo cuerda la inmunidad de sus miembros con Estados Unidos.

Al mismo tiempo, es el momento de prestar desde Bruselas y las capitales nacionales mayor atención al conjunto de Latinoamérica, donde muchos países comparten democracia y valores occidentales, empezando por adoptar de una vez el acuerdo UE- Mercosur, de un valor estratégico enorme. Europa no puede quedarse ensimismada mientras en Venezuela se dirime si Occidente es todavía el nombre de una civilización.

zón por la que se mantendrá la gran presencia de sus fuerzas en la zona, aunque Rubio aclaró que actualmente no hay soldados estadounidenses en el país latinoamericano. También está el ahogamiento económico que se mantiene con las sanciones al petróleo venezolano, por lo que podrían continuar las incautaciones de los buques que sirven para exportarlo. «Veremos qué hacen», concluyó.

Es un voto de confianza otorgado con una pistola apuntando a la cabeza. «Realmente no tiene ninguna otra opción», reconoció Trump en su rueda de prensa del sábado. Y ayer fue un paso más allá en una entrevista con 'The Atlantic': «Si –Rodríguez– no hace lo correcto, pagará un precio muy elevado. Quizá mayor que el de

Maduro». Viniendo de quien contempló la posibilidad de matar al presidente, es una amenaza que hay que tener muy en cuenta.

En cualquier caso, esta es una actitud de prepotencia que le está granjeando a Washington cada vez más críticas a nivel internacional, más allá de los tradicionales aliados del chavismo. Para tratar de apaciguarlas, Rubio quiso ayer subrayar que «no hay una guerra contra Venezuela». La suya es, remarcó, «una guerra contra el narcotráfico». Así respondía también a quienes dentro de sus fronteras se preguntan por qué no se pidió autorización al Congreso: «Hemos capturado a un hombre que estaba buscado por la Justicia de Estados Unidos».